

GALÁCTICAS

Sabine Both
Gerlis Zillgens

Misión Amor



Título original: *SuperGirls. Misión: Manga*
Escrito por Sabine Both y Gerlis Zillgens

1.ª edición: febrero 2013

© Planet Girl, Thienemann Verlag GmbH, Stuttgart / Wien, 2010
© De la traducción: Carmen Bas Álvarez, 2013
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-4067-4
Depósito legal: M-40260-2012
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Vaya un agradecimiento especial
para Andreas Auras por sus valiosas
indicaciones y las estupendas
degustaciones de sushi, y para
Masato Matsumoto por los nombres
japoneses y la pequeña mirada al
mundo multicultural de la calle
Metzer.*

*La segunda misión se la dedicamos a
nuestros hermanos Susanne y Paul.*



Capítulo 1

Anna

Fuck the hell! No regrets! Fight against establishment! Yes we can. Yes we change! Capitalism is dead, is dead, is dead!

Punk-to y Koma se crecen hasta lo insoportable. El cantante berrea tan fuerte por el micro que se le podría oír perfectamente desde *My Moonranch*, mi parcela en la Luna, a la vez que salta como una pelota de goma llena de anfetaminas. La chica de la guitarra eléctrica dibuja círculos con la cabeza a un ritmo que da miedo, parece que se le va a soltar y va a salir volando por los aires.

Lo único que me impide salir del club a toda mecha es Guido. Golpea la inocente batería como un loco y pone unos gestos que harían salir corriendo al mismísimo Marilyn Manson. ¡Es increíble el cambio que ha provocado en Guido nuestro viaje al pasado! Es cierto que antes era un tanto blandengue, pero al menos no daba miedo. Si no tuviera tan mala conciencia porque me siento culpable de su transformación, no habría ido a ese espectáculo infernal.

Nina no parece tener mala conciencia. Al contrario. Participa en el pogo como una loca sin dejar de vociferar. Nunca la había visto tan entusiasmada.

—¿No es increíble? —me grita extasiada al oído, que ya me pita como una fábrica entera de despertadores para sordos.

—¡No está mal! —contesto a gritos.

Y eso es todo otra vez. Desde hace una semana, cuando terminó nuestra primera misión, Nina y yo solo intercambiamos las frases estrictamente necesarias. Aparte de salvar el mundo, acudir a clases para aliens, leer pensamientos de amor y hacer viajes en el tiempo, tenemos muy pocas cosas en común.

Sven, que se abre paso como puede entre el gentío con dos colas *light*, me hace un guiño.

«Anna, mi querido tesoro, qué guapa estás cuando te pones nerviosa», me llega por encima del alboroto.

Nina pone los ojos en blanco. Por desgracia, ella también oye perfectamente lo que piensa Sven. Y como no le gusta nada que sea cursi o mínimamente emocional, se vuelve a sumergir en el volcán en erupción.

Yo también le hago un guiño a Sven y pienso con una sonrisa en nuestra última tarde en el cine, en la que él se pasó los ciento veintidós minutos que duró la película pensando si debía dejar caer su brazo sobre mi hombro como por casualidad, abrazarme en la siguiente escena del vampiro para protegerme o mejor besarme en el momento en el que los dos protagonistas por fin se confiesan su amor. Está tan enamorado que teme hacer algo mal. Creo que va siendo hora de ayudarle un poquito.

Desde que puedo leer los pensamientos amorosos, para mí el momento más bonito es cuando compruebo lo enamorado que está Sven de mí. En segundo lugar, están los momentos en que Sven no se entera de que Gina y Mathilda están locas por él y querrían hacer con él justo lo que él quiere hacer conmigo.

Y ahora ellas están otra vez en la línea de salida. Cuando Sven me da una cola *light*, Gina se acerca a él con disimulo por la derecha y Mathilda por detrás. Sven no se entera de nada. Solo piensa en mí: «Debería salir fuera con Anna para ver las estrellas, a las chicas les gustan esas cosas».

—¿Salimos un poco a tomar el aire? —le grito.

—Sí, claro —contesta Sven, y cree que, como yo siempre digo justo lo que él está pensando, estamos hechos el uno para el otro.

Y como lo siguiente que él piensa es que la música *punk* no es lo más adecuado para acercarse a mí, cuando hemos escapado del ruido infernal saco mi MP3, busco la canción más suave que tengo, le pongo un auricular a Sven en el oído y el otro me lo coloco yo.

—¿Un poco de contraprogramación?

—Música de arpa es justo lo que ahora necesito —dice Sven, y me coge de la mano.

Nina

¡Ya era hora! Como Anna se ha largado, por fin puedo dejar de controlar mis pensamientos. Por eso pienso tres veces seguidas: ¡Maldita mierda, Guido es ahora bestial! ¡Maldita mierda, Guido es ahora bestial! ¡Maldita mierda, Guido es ahora bestial!

Y como es para vomitar que Guido sea ahora bestial, clavo el codo no en sus costillas, como hacía antes, sino en las de Gina. Es culpa suya, por haberse cruzado en mi camino bailando. Hago pogo contra ella y recibo una mirada de odio que devuelvo con una mueca aterradora. Lo necesito. Tengo que ocuparme con alguien para no quedarme mirando a Guido. Odio quedarme mirando a Guido fijamente.

En vez de eso empiezo a gritar con los demás. Desde que supe que el nuevo Guido no es solo bestial, sino también el líder de una banda increíble, he buscado en internet las letras de todas sus canciones y me las he bajado. Por eso ahora puedo cantarlas con bastante seguridad. Me odio a mí misma. Y por eso cojo carrerilla y me tiro sobre el montón de *punks* que gritan y se pelean delante del escenario como un volcán en erupción. Cierro los puños, doy un salto y vuelo por encima de la gente. Mi cabeza se golpea con fuerza contra un cráneo con cresta *punk*, mi hombro choca con una chaqueta de cuero, mis manos agarran pelo lleno de gel. Me revuelvo, me hundo, desaparezco. La multitud me traga, me mastica y luego me escupe otra vez fuera. Aterrizo en el suelo y observo aturdida y entre las risas provocadas por la cerveza dos colillas que desde esta perspectiva parecen enormes. Luego, de pronto se vuelve todo negro y la música me llega muy débil antes de perder el conocimiento.

Solo rompe esa paz la aguda voz de Anna:
—¡Ayudadme! ¡Darkwoman está muerta!

Anna

—¡Mejor de lado! —Sven empuja al gigantón con cresta que ha sacado a Nina y la ha dejado en el suelo, delante de la puerta, la pone de lado, le estira el cuello y le abre ligeramente la boca—. Por si tiene que vomitar.

Yo me agacho junto a Sven y le pongo a Nina la mano en la frente.

—Nina, abre los ojos. Por favor. Venga, di algo.
Ella no dice nada.

—¡Eh, Nina, un concierto guay! Guido toca genial, ¿verdad? —Intento reanimarla, pero ella no se mueve. ¡Cielo santo, espero que no sea nada grave!

—¿Habéis visto qué le ha pasado? —Sven pone un dedo en la muñeca de Nina y mira su reloj con mucha concentración.

—Creo que alguien se iba a tirar desde el escenario al público —Mathilda resopla con desprecio—. Pero ella ha llegado volando desde atrás, por eso no la ha visto nadie.

—¡Está mal de la cabeza! —Gina pone los ojos en blanco—. ¡Completamente loca!

—Siempre le pasa algo. ¡Esto no es normal!

—¡Ella no ha sido nunca normal! —le dice Gina a Mathilda.

—¿Te ha dado la vena social? ¿Crees que porque eres la delegada de clase tienes que ocuparte de Darkwoman? —Mathilda frunce el ceño a la vez que sacude la cabeza—. A veces tu síndrome de ayudante puede contigo, Anna. Es realmente penoso.

¡No me lo puedo creer! ¡Nina está tirada en el suelo sin sentido y esas dos no tienen nada mejor que hacer que meterse con ella!

Sven me mira con gesto tranquilizador.

—El pulso está más o menos bien, el color de la cara también. Seguro que enseguida vuelve en sí.

Nina no se mueve. Así que le pongo los auriculares en los oídos y espero que esa música tan suave la ponga furiosa y le haga abrir los ojos. Funciona al momento.

—¡Bah! ¿Qué es esa mierda de música angelical! —Nina se arranca los auriculares y se incorpora aturdida—. ¡Mierda angelical! —murmura otra vez, cuando de pronto se hace de día y una luz brillante y con una cola muy larga cae desde un cielo claro y estrellado.

Nina

Gina y Mathilda montan un circo y se cuelgan de Sven, una a la derecha, la otra a la izquierda, para enredarle con su histeria. ¡Un cometa! ¡Un meteorito! ¡Una estrella fugaz gigante! ¡Todos tenemos que pedir un deseo!

Anna me susurra al oído muy excitada:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

¿Qué voy a pensar si no? ¡Claro que eso me recuerda al rayo de luz que vimos por el telescopio del observatorio astronómico! El rayo que nos convirtió en lo que ahora somos: dos agentes cósmicas del amor con la capacidad de viajar en el tiempo y leer los pensamientos amorosos.

—No sé —digo a pesar de todo con un gesto de rechazo—. Esta vez lo han visto todos.

—Eso significa que no tiene nada que ver con nosotras, ¿no?

—¡Seguro que no!

Anna me observa con atención.

—¿Estás bien?

—¡Estupendamente! —Intento ponerme de pie, pero enseguida me caigo otra vez. Preocupada, Anna me toca el chichón cada vez más grande que tengo en la cabeza.

—¿Llamamos a un médico?

—¡No! ¡Ni hablar! —La empujo, hago un segundo intento de levantarme, me tambaleo y tengo que apoyarme en su hombro.

—Pero cuando se pierde el conocimiento luego es mejor...

—¿Estás sorda? ¡He dicho que ni hablar! ¡Odio a los médicos! ¡Odio las ambulancias! ¡Odio las sirenas! ¿Entendido? —le digo con brusquedad, y por fin consigo mante-

nerme de pie sin ayuda—. Será mejor que veas cómo puedes liberar a tu chico del abrazo de esas dos. —Le señalo en dirección a Sven, que está tan ocupado discutiendo con esas dos gallinas el espectáculo de luces del cielo que, por primera vez en esa tarde, no le dedica a Anna ni un solo pensamiento de amor.

Cuando Anna se da cuenta, se aleja de mí y yo puedo respirar con tranquilidad hasta que el mareo va desapareciendo de mi cabeza. Pero sigue el dolor sordo. Ni idea, lo mismo se ha roto algo ahí arriba. Una conmoción cerebral o algo así. Pero ni por esas voy a pensar en llamar a una ambulancia. ¿Para qué? No sirven de nada. Te ponen en la camilla, hacen un ruido infernal y antes de que llegues al hospital ya estás muerto. Al menos a Nico no le ayudaron. Para mi hermano pequeño la ayuda llegó demasiado tarde. Ya no había nada que hacer, a pesar de las luces y las sirenas. Si hay alguien en quien no confío es en los médicos.

Mientras Anna intenta llamar la atención de Sven sin usar el codo contra las gallinas, yo decido volver a entrar en el club. La actuación ha terminado. Masas de gente sudada busca el aire fresco. Me abro paso entre ellos y echo un vistazo al escenario. Guido ha desaparecido. Así que me voy al bar, pido una cerveza y espero a que vuelva a aparecer.

Odio esperar a que vuelva a aparecer.

Anna

—¿Qué deseo has pedido al ver la estrella fugaz?

—No te lo digo. —Sven sonrío—. Si se dice en voz alta, no se cumple.

Fuera lo que fuese lo que ha pedido, es evidente que no tiene nada que ver con el amor, compruebo decepcionada. En realidad, desde que ha hablado de estrellas fugaces con Gina y Mathilda ya no piensa en mí. Ni una fantasía relacionada con mis besos, ninguna pregunta sobre cómo acercarse más a mí. Nada de nada. Avanzamos en silencio uno al lado del otro.

—¿Nos vemos mañana por la tarde? —me pregunta cuando llegamos a mi casa y nos detenemos delante de la puerta.

—A lo mejor tengo que cuidar de Kimi —digo con vaguedad, aunque sé perfectamente que mañana mi hermano pequeño ya tiene quien lo cuide. Quiero que Sven pelee un poco por conseguir una cita.

—¡Ah, bueno! —Asiente. Pero no piensa nada. No está decepcionado, ni rastro de un plan B en su cabeza.

—Eh... ¿todo bien?

—Sí, todo genial.

Sven me mira a los ojos.

Está actuando, pienso sorprendida, está fingiendo, me mira con cara de enamorado, pero su pensamiento está en otro sitio.

—¿En qué piensas?

—En ti —miente Sven, y se acerca a mí—. Siempre pienso solo en ti.

Sus labios están ahora muy cerca de los míos. ¿Va a ser este nuestro primer beso? ¿Me va a dar un beso sin poner en él todo su corazón?

Retrocedo un paso.

—Entonces nos vemos en el colegio —digo, y veo la decepción en la mirada de Sven, pero no la oigo en sus pensamientos.

Nina

—¡Una más! ¡Venga!

El tío del bar me lanza una mirada furiosa. Pero que cierre la boca. Ya sé que esta no es mi primera cerveza. Y seguro que no será la última. Tiene que entrar mucho dentro de mí, ya que no sale nada. Ni una palabra. Guido está a solo dos metros con los componentes de su grupo y una horda de *groupies*, y yo hago como si no lo viera. ¡Hola! ¡Está en mi clase! No habría sido ningún problema acercarme y decirle: «¡Ha sido una actuación increíble!». Pero de momento hablar con él me parece algo tan lejano como lo era hace unas semanas el universo para mí. Que si superpoderes por aquí, que si superpoderes por allá... ¿de qué le sirve a una todo eso cuando tiene sus propios problemas?

Intento percibir alguno de los pensamientos de Guido. A lo mejor está loco por alguna de las chicas de su club de fans. O por la guitarrista de su banda. Pero por mucho que intento eliminar los ruidos de fondo no consigo oír ningún pensamiento en la cabeza de Guido. En cambio, cada vez es más fuerte el estúpido parloteo de los dos horribles tipos que están justo a mi lado.

—¡Menudo culo tiene la tía esa de la minifalda! —dice el de la cara llena de granos.

—¡A esa rubia no la echaría yo de mi cama! —dice el de cuello de toro.

No cabe duda, sus labios se han movido. No han sido solo pensamientos. Pero a pesar de todo nadie de alrededor parece molestarse por sus palabras. Ni el tío del bar. Ni la tía de la minifalda. Ni tampoco la rubia. Al contrario. Cuando Cuello de Toro le sonrío, ella le devuelve la sonrisa. Tal vez yo debería decirle algo a Guido. Es evidente que da igual lo que se diga, lo importante es decir algo.

—¡Eh, tío! —dice ahora Granos—. ¿Y qué te parece la bruja de negro que está a tu lado? —Suelta una risotada asquerosa—. ¿Será tan negra también por ahí abajo?

¡No me lo puedo creer! ¿Están completamente borrachos o es que simplemente son gilipollas? Le lanzo a Granos una mirada de advertencia, pero él me guiña un ojo y sigue hablando.

—Esas tías tan salvajes a lo mejor no están tan mal en la cama. ¡Solo hay que meterlas antes bajo la ducha!

Me pongo furiosa. Tanto que me bajo de la banqueta del bar y me planto ante ellos con gesto amenazante.

—Mira, le gustas. ¡Pero es un horror! —dice Cuello de Toro.

Le oigo perfectamente, es la gota que colma el vaso. Noto como mis puños se cierran y mis mejillas se ponen rojas de rabia. Luego, le grito a Cuello de Toro:

—¡Eh, tú, tocino de vaca! ¿Qué pasa en tu cerebro de mosquito?

Y a Granos:

—¿Y tú?, ¿qué tal si cierras el pico, bocazas?

Resoplo y espero la reacción, pero no se produce. El tío del bar, la rubia y la de la minifalda no dicen ni mu. Granos y Cuello de Toro se quedan con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —insisto—. ¿Mucha boca pero nada dentro?

Cuello de Toro consigue por fin decir algo:

—¡Guau, no me lo puedo creer!

—¡Eh! —dice Granos—. ¿Quién lo iba a imaginar?

—¿Qué?

—Bueno, no pareces de los nuestros.

—¿Qué parezco, eh? —Los tipos están alucinados—. ¿Os estáis quedando conmigo?

—¡Eh, tía, no era nuestra intención! —dice Granos, y Cuello de Toro añade:

—Sí, los gitanos tenemos que mantenernos unidos, ¿no?

Me gustaría darles una buena contestación, pero no puedo, porque justo en ese momento la cerveza busca la salida hacia el exterior de mi cuerpo y me lleva a toda prisa a los baños.

